

PRÓLOGO

En este volumen convergen las dos tradiciones que han impreso un mayor impulso al desarrollo de la Teoría de la Comunicación de masas en el siglo recién terminado. Las recogen dos personas que han venido trabajando en la formación de comunicadores en la Universidad de Salamanca y en investigación empírica y que me piden que prologue su trabajo.

Asumo esta petición con placer personal –la trayectoria de investigación y trabajo intelectual, aún corta pero intensa, en la Universidad de Salamanca va poco a poco madurando y sigue alimentando la vocación académica de los autores y de quien les prologa, junto a otros colegas–, pero también tomándola como prueba de un efecto positivo que se desprendería de la confluencia de esas dos grandes tradiciones a que hago referencia y que representan el quehacer de dos grandes ciencias sociales: el de la Sociología y el de la Psicología. Juan José Igartua y María Luisa Humanes han realizado, a partir de una experiencia docente intensa y reflexiva, un proceso de adecuación e integración del corpus teórico que todos compartimos en comunicación para hacer que las teorías puedan afrontar el desafío concreto de servir de cimiento para la formación y la práctica de los profesionales de la comunicación*.

* Es necesario precisar que, a pesar de ser un manual elaborado a “cuatro manos” y en completa armonía entre los autores, cada uno de ellos es responsable de apartados y capítulos diferentes. Así, Juan José Igartua es responsable de los capítulos de la parte III (con la excepción del capítulo 9), de los capítulos de la parte IV y, parcialmente, del capítulo 3. Por otro lado, María Luisa Humanes es responsable de los capítulos de la parte I (aunque comparte la redacción en el capítulo 3) y de los capítulos de la parte II.

De algún modo si Juanjo Igartua y Marisa Humanes no hubieran abordado esta tarea por el bien de sus alumnos, habría que plantearla. Las influencias de estas dos grandes disciplinas sociales, Sociología y Psicología, tienden a reflejarse intensamente en la investigación y en la formación de profesionales, pero su impacto les llega a los estudiantes divergentemente y en paralelo, quizá por el inevitable efecto de la organización institucional del mundo académico en áreas y departamentos que afrontan su convivencia más hacia adentro que hacia fuera.

Al trabajar juntos los autores se han obligado de algún modo a tornar sus perspectivas de paralelas en convergentes. Lo han hecho sumando revisiones teóricas y armando un manual para la práctica docente, de modo que cada uno de los capítulos cuenta, además de con su propio contenido conceptual estructurado en epígrafes, con una serie de complementos: ejemplos, cuadros, ejercicios para apropiarse de manera práctica las ideas, y lecturas temáticas breves que ilustran tópicos de especial interés o actualidad.

No creo necesario hacer una glosa de la organización temática del volumen, ya que la presentación del índice deja clara la estructura y secuencia de los contenidos. Quizá sea en alguna medida útil al lector, como ocurre cuando otros colegas nos hacen un avance, una reseña o una valoración como lectores afortunados a cuyas manos llegó un primer ejemplar, reflexionar sobre este texto y señalar focos de sentido y aperturas hacia el futuro. Trataré de comentar algunos temas abordados en el manual que apuntan a lo que podría constituir una agenda para la investigación teórica y empírica en Comunicación Social.

Tradiciones teóricas y transición hacia una integración disciplinar

La acumulación teórica en comunicación –no podía ser de otra manera– muestra en los dos cuartos intermedios del siglo pasado, y más allá de las tendencias dominantes que se analizan en este manual, un cierto estilo acumulativo y ecléctico, que los textos que han formado a las generaciones de comunicadores han venido reflejando inevitablemente. La investigación empírica se ha ido sedimentando siguiendo esta misma pauta, reforzada por una tendencia lógica y necesaria (no se pueden saltar etapas) a los estudios descriptivos, exploratorios y correlacionales. Halloran reflexionaba no hace mucho sobre el salto que se encontraba entre la investigación, más pegada a micro-teorías, y las grandes explicaciones o concepciones, más elevadas hacia las macro-teorías, con un espacio intermedio preocupantemente casi vacío. Este autor sostenía que la solución exigía promover las teorías de nivel medio. Personalmente creo que la propuesta de Halloran es sólo cierta formalmente, pero que remite el problema más al fondo, pues las teorías de nivel medio sólo tendrán capacidad vertebradora hacia arriba y hacia abajo si están inspiradas por, si se llevan bien con propuestas paradigmáticas –macroteorías– con capacidad explicativa y productiva. Volvemos pues a la necesidad de una integración teórica con capacidad explicativa interdisciplinar.

La visión del sujeto individual en la orientación norteamericana de la Comunicación, en gran parte hija del conductismo y más recientemente del cognitivismo conductual, está aquejada de una cierta minusvalía teórica para entenderse con la sociedad y la cultura. Sólo podrán tenderse puentes desde el sujeto a la sociedad y a la cultura si a las propuestas desde la teoría social que van “al encuentro del sujeto” (Bourdieu, Lukman, Gergen, Harré, etc.) les corresponden propuestas desde la teoría psicológica que vayan al encuentro de la sociedad y de la cultura (Vygotski, Bruner, Valsiner, Cole, etc.). Las causas (explicaciones teóricas) individuales y las causas socioculturales deben encontrarse. En ese espacio está desarrollándose, creemos, esa teoría intermedia que permitiría el encuentro. En cierto modo esa teoría existe ya, aunque la corriente mayoritaria de investigación aún no la ha adoptado.

De algún modo, hasta recientemente, la comunicación se había situado *al lado* de las ciencias sociales y humanas, importando y exportando pero manteniendo su propio mercado disciplinar. En la línea que apuntamos, está emergiendo en la investigación reciente una perspectiva que concede un papel más central a los viejos grandes problemas de las ciencias sociales humanas, pero ahora con la comunicación en el campo de juego en un papel central. La etología, la psicología, la antropología humanas han subrayado como los dos grandes rasgos de nuestros ancestros, que dan pie a nuestros avances evolutivos como especie, su carácter objetal, instrumental (tecnológico) y su carácter social (interactivo, compartido, comunicativo). El desarrollo histórico de la comunicación es un inevitable gran efecto de esa naturaleza específica en evolución. Tras una etapa más bien introspectiva y autárquica de los comunicadores era inevitable, si el trabajo era intenso y juicioso –sin duda lo ha sido lo bastante– llegar a compartir los grandes temas y a aunar paradigmas y problemas con las ciencias sociales y humanas. Yo creo que en este manual se adivina ya el delta de la desembocadura de ese proceso.

Efectivamente, la comunicación es el objeto privilegiado para dar cuenta de lo que pasa dentro del sujeto (intra-subjetivo) y fuera de él, en la sociedad y la cultura (intersubjetivo). Para resolver la inevitable y necesaria tensión entre sociedad e individuo, sujeto y cultura, lo interno y lo externo. La psicología de los medios en expansión expresa esa recuperación de un papel más equilibrado con los procesos del sujeto emisor y receptor y más conectado con el núcleo central de las ciencias sociales.

La actualización cultural

Como señala Marisa Humanes en el capítulo 5 de este manual, los desarrollos recientes de las teorías de la comunicación han focalizado su atención en dos aspectos evolutivos de la sociedad humana: la evolución de los medios y su impacto en la naturaleza humana (McLuhan y su *medium theory*) y la evolución de los contenidos y su impacto asimismo en el desarrollo de la mente de las nuevas generaciones. De la

abstracta y esquemática aporía “el medio es el mensaje” que planteaba una elección de ganador único entre medio y contenido, se ha pasado a comprender el peso de ambos y a avanzar con estudios sistemáticos y sistémicos, y sobre todo *evolutivos*, de los efectos integrados de ambos.

Medios y contenidos son efectivamente las dos más visibles producciones de la creación cultural. Desde Noble, que prelude e inspira a Gerbner y al grupo de Annenberg fundado por éste, se está tratando desde la comunicación de acceder a un trabajo parecido al que ha realizado la antropología cultural para las culturas humanas: conocer de manera ordenada, más allá del ruido aparente, qué mundo construyen nuestras culturas mediáticas, qué esencias y existencias culturales evolucionan en el espacio mediático.

Marshall McLuhan decía que el pez es el último en darse cuenta de la existencia del agua, y la cita de George Gerbner con que Juanjo Igartua abre el capítulo 11 recupera la metáfora McLuhiana para inspirar la perspectiva del cultivo: el estar dentro del agua no debe impedirnos analizarla, el estar dentro del bosque no debe impedirnos tomar conciencia de él y dejar de estar perdidos en su espesura. Los acercamientos en este manual a las “culturas mediáticas” contribuyen a avanzar en esa línea que marca un después respecto de las orientaciones, más abstractas, generalistas y descarnadas del siglo pasado. Cultivo, dieta evolutivo-cultural, diseño de contenidos culturales y otros conceptos recientes aparecerán con creciente frecuencia en la investigación del presente decenio permitiendo una vuelta (en otro nivel científico más metodológico) al viejo problema de los efectos; considerados éstos no como algo demasiado concreto o demasiado abstracto, sino ligado a alternativas reales y activas para diseñar las culturas humanas. Vinculando de nuevo la comunicación al problema central en que en los inicios del XX se debatía la renovación de las propuestas sociales: el problema de las vanguardias, los intelectuales, y la creación y mediación cultural.

La actualización instrumental en el conocimiento y la representación

Como se ha señalado en el epígrafe anterior, una de las dimensiones de la actualización cultural ha sido el énfasis en las tecnologías, que converge temporal y temáticamente con el acercamiento instrumental al conocimiento, con la perspectiva del procesamiento de la información, la metáfora computacional de la mente y, en suma, con la reorientación cognitiva. La influencia cognitiva. Bajo la influencia sumada de la comunicación de masas, que enfatiza desde el escenario externo la relevancia de los medios y procesos de representación e información, y de la ciencia cognitiva, que enfatiza desde el escenario interno (a la mente o a un dispositivo de computación) los mismos procesos, el último tercio del pasado siglo ha estado presidido por una fuerte polarización epistémica y empírica hacia las ideas y objetos que abarcan términos generales como el de “la sociedad de la información y el conocimiento”.

Los procesos por los que la información se selecciona, focaliza, procesa o computa, se almacena y recuerda, se recupera y externaliza. Quizá no deba sorprendernos que tanto en su escenario externo, investigado por la comunicación de masas y por la sociología de la cultura, como en el interno, investigado por la psicología y la ciencia cognitiva, se focalicen procesos muy paralelos en que se definen procesos análogos de tratamiento de la información. Es evidente que a la larga estos procesos deberían ser convergentes. Pero eso requiere que las investigaciones, de momento sólo parcialmente solapadas, de la psicología de los medios y la sociología de la comunicación articulen con más intensidad sus agendas. Las líneas de fuerza en esa dirección son evidentes.

Desde que la Gestalt propone el modelo de estructura o patrón formal como marco que condiciona nuestra percepción y pensamiento, la corriente estructural ha marcado el desarrollo de las teorías de la percepción y el conocimiento. Son numerosas las teorías que han ido actualizando esa propuesta y las de más impacto reciente son sin duda las de los esquemas (Piaget, Bartlett, Rumelhart y Ortony, etc.). Hay muchas otras que no podemos citar aquí. La teoría del *framing* es la versión reciente incorporada a la Sociología, la Antropología y la Comunicación de esta poderosa corriente estructural en las ciencias humanas.

Desde que Craik y Lockart proponen hace ya treinta años, y como filtro de los procesos de recepción y procesamiento, su teoría de niveles de procesamiento el desarrollo de teorías de nivel más o menos medio en comunicación ha sido constante (teorías sobre los niveles de implicación, de elaboración, la “capacidad limitada”, de la respuesta cognitiva, etc.). Todo ello permite ir avanzando convergentemente desde la psicología al encuentro de reorientaciones sociológico comunicativas como la de las “audiencias activas”. Creo que el bilingüismo disciplinar y conceptual a que se han obligado los autores de este manual escribiendo juntos no debe tomarse como una mera anécdota de la peripecia académica: expresa esa necesidad y conveniencia de un ajuste constructivo de cuentas, de términos y teorías, entre sociología y psicología de la comunicación.

Con todo, como expresa por ejemplo el acercamiento de Michael Cole a la psicología cultural, o el de Alexander Luria o su discípulo Oliver Sacks a una neurología funcional (ojo, no funcionalista en el sentido de pragmatismo social vertido a las teorías de comunicación de masas) y cultural, el secreto para hacer posible la integración de lo interno y lo externo, de la sociedad y de la conciencia, pasa por una recuperación de la herencia funcionalista y ecológica en los orígenes europeos de las ciencias humanas modernas. El camino entre lo social y lo individual, lo interno y lo externo fue definido operacionalmente hace ya tiempo por Vygotski con su ley de la doble formación y su teoría de la mediación. Por hacer una referencia concreta al texto, en el hermoso pasaje que Igartua recoge de Vázquez Montalbán glosando la caverna de Platón, se expresa el escepticismo sobre nuestra capacidad para liberarnos de ese mundo de las “sombras” con las que construye la realidad la conciencia humana y se construye la conciencia misma. Podríamos decir que necesitamos una “teoría de las sombras” y de su relación con la realidad, y que esa teoría

está apuntada. En neuropsicología, psicología, cultura, historia de los medios, sociología, arte..., la teoría de la mediación parece estar esperando un trabajo de diálogo consigo misma.

La actualización evolutiva

Los efectos de los medios constituyen uno de los núcleos esenciales en este libro. Como señala en él Igartua es éste uno de los campos con más desarrollo en Comunicación. Creemos que lo es porque la relevancia que se le dé a este problema determina la relevancia de la comunicación misma y el proceso de maduración de los estudios de comunicación ha ido llevando a centrarse en los asuntos realmente explicativos, en las cuestiones centrales. Porque si los efectos de la comunicación no son importantes, entonces la causa (la comunicación misma) tampoco lo es. Y viceversa, si los efectos de la comunicación fueran transcendentales, entonces la causa –la comunicación– debe constituir un tema prioritario en la agenda pública (las políticas sociales y culturales) y en la agenda científica (los programas de investigación) de nuestras sociedades.

No es que la perspectiva con minúscula de los efectos, cuando predominaba la orientación de efectos a corto plazo, no tenga validez para explicar los cambios limitados en los hechos sociales y los personales. Pero lo que cambia con la Perspectiva con mayúscula, la de los cambios profundos y a largo plazo, es la *naturaleza* misma de lo social y de lo personal. Quizá uno de los factores que ha ralentizado la toma de conciencia de la importancia de sus efectos haya sido que los comunicadores han visto como culpable la pretensión o tesis de que la comunicación tiene un impacto profundo y determinante en la humanidad; al contrario que en la Educación, que ha sabido convencer a la sociedad de ese hecho y recabar su apoyo para gestionar democrática y socialmente esa influencia.

Los efectos profundos y a largo plazo o evolutivos de la comunicación se han estudiado fundamentalmente en el nivel individual (ontogénesis), mientras que en el nivel colectivo (culturogénesis, historicogénesis) de etnias y culturas esa tarea se ha abordado desde la antropología, y por tanto los efectos prolongados de las culturas tradicionales, pero no las culturas mediáticas emergentes. Humanes recoge en el primer capítulo del manual una crítica a la incapacidad del acercamiento norteamericano a la comunicación para generar una teoría del desarrollo cultural y un modelo histórico de dicho desarrollo. Igualmente recoge las tesis de Kellner y Thompson sobre la necesidad de ir hacia un marco epistemológico dinámico, histórico y cultural, podríamos decir que evolutivo, en términos generales.

Marisa Humanes relaciona también en el libro el desarrollo de las teorías comunicativas con el problema central de la modernidad y la posmodernidad. Debemos recordar a este respecto que la perspectiva evolutiva tiene una deuda pendiente con el historicismo. De algún modo la tesis historicista (la humanidad cambia a través de la historia), propia de las ciencias humanas, apuntó y preludió en Europa la emergencia de la tesis evolucionista (las especies cambian a través del tiempo en su pro-

ceso adaptativo). La tesis historicista nos dejó su impronta profunda en el supuesto del progreso (la humanidad asciende a través de la historia de manera irreversible por una escalera –única– de progreso) común a las grandes ideologías racionalistas occidentales, sean liberales o marxistas. A su vez, el evolucionismo aplicado al ser humano pasó a ser leído bajo el filtro del historicismo progresista y despojado de mucha de su apertura e incertidumbre. La idea de modernidad recoge de algún modo esta doble herencia cristalizada como huella de lo humano en la racionalidad. La reorientación posmoderna, por el contrario, alienta el análisis y las dudas sobre esos grandes supuestos racionalista y progresista.

En el presente texto, Humanes sitúa los desarrollos actuales de las teorías sociales de la comunicación en el efecto pendular y dialéctico modernismo-posmodernismo. La crisis actual lo es tanto de la existencia supuesta del progreso + racionalidad, como de las representaciones (y la cultura y las comunicaciones por tanto) que la acompañaban. El enfrentamiento entre los apocalípticos y los integrados de la cultura de masas que caracterizaba Eco, parece pues reeditarse en el nivel de los intelectuales y de los científicos: los deconstruccionistas y relativistas frente a los positivistas y racionalistas. Pero la síntesis necesaria entre esta tesis y su antítesis parece aún titubeante.

Creo personalmente que existen ya alternativas científicas reales para lograr esa síntesis, para devolver a la tesis evolucionista y a la historicista a una cadencia más “razonable” que “racionalista” (la genética cultural, el evolucionismo integrador, la perspectiva histórico-cultural), aunque las corrientes mayoritarias de las disciplinas no han conectado aún con ellas. Entre la racionalidad rígida y el relativismo inasible existen modelos bio-culturales sobre evolución humana que permiten dar cuenta de ésta desde estructuras flexibles pero no evanescentes, de indeterminación limitada (*bounded indeterminacy*) como las ha definido Jaan Valsiner. De las disciplinas que se mueven en este territorio mudable de la evolución, las que lo hacen sobre el objeto de la evolución del ser humano y de sus culturas deben enfrentarse a un desafío quizá mayor que el que afrontan las ciencias de objeto más estable, y ajeno al observador. Eso no señala a mi parecer una debilidad de estas disciplinas, sino una complejidad mayor y un desafío más urgente para su quehacer.

Cruzar el problema de la actualización evolutiva e histórica con el de la actualización cultural implica un paso adicional hacia la integralidad disciplinar y teórica. Puesto que la evolución cultural se solapa con la evolución individual, como sugería ya hace tiempo Schaie, uno de los promotores de la perspectiva del desarrollo en el ciclo vital: las evoluciones de los individuos y de las cohortes generacionales se solapan con la evolución social e histórica de las culturas, y no basta con introducir una perspectiva evolutiva de unos u otras, sino que es preciso hacerlo de manera integrada, en una especie de “desarrollo al cuadrado”. Las modernas formulaciones del evolucionismo integral han tipificado ese proceso integral con un término –debido a Gottlieb–, el de *epigénesis*. Sólo una visión evolucionista integradora nos permite entender cómo se incorporan los individuos en desarrollo a las culturas y las culturas en evolución a los individuos.

La actualización metodológica

Según acabamos de ver, el paso de la perspectiva de los efectos limitados y a corto plazo a los efectos profundos y a largo plazo apunta necesariamente hacia un desarrollo teórico de corte más evolutivo. Metodológicamente esa reorientación tiene una correspondencia necesaria: la tendencia dominante durante largo tiempo de medir los efectos de la comunicación con metodologías diseñadas desde la lógica de los “ciclos cortos” se tropieza con una necesidad de renovación profunda si ha de ser capaz de abordar una lógica de “ciclos largos”. Y aquí las técnicas metodológicas deben supeditarse a la Metodología con mayúscula (la teoría del método) y necesitan el amparo de teorías capaces que puedan dotar de racionalidad evolutiva a la recogida y tratamiento de los datos: el paso de cortos a largos sólo se puede dar con una teoría que permita conectar las microgénesis y las macrogénesis, el aprendizaje y el desarrollo, el procesamiento de la comunicación y la construcción de las capacidades de representación y comunicación mismas. Ése puede ser quizá el desafío metodológico más fuerte para las próximas décadas en comunicación.

A nivel técnico, otros cambios metodológicos en curso parecen evidentes, como el desarrollo de técnicas de análisis sistemático de repertorios culturales y mediáticos. Aristóteles pasa por ser el primer investigador que, ordenando por atributos y categorías los especímenes que le enviaba a su requerimiento Alejandro el Grande, inició la técnica que hoy se denomina “de los montones” en el Análisis de Contenido, y que permite conformar tipologías y taxonomías. El etólogo Tinbergen señalaba con razón que el trabajo de conformación de inventarios, repertorios, taxonomías y tipologías, etapa primera en toda ciencia a su parecer y que tan decisivo ha sido en el desarrollo de las ciencias naturales, estaba relativa e inexplicablemente retrasado en las ciencias sociales. Afortunadamente el panorama parece estar cambiando. El Análisis de Contenido parece irse conformando (alejándose con ello del uso limitado de esta técnica en su evolución original en comunicación), como una metodología de preferencia para establecer la cartografía o las fotos de situación de la comunicación humana. Es decir, como método para conformar la descripción ordenada, tanto en superficie como en profundidad, de repertorios comunicativos y culturales y como método inicial de constitución de una ecología cultural a partir de la investigación de la comunicación de masas. Gracias a esta capacidad funcional para hacer lo que debe hacerse el Análisis de Contenido ha sextuplicado su importancia en el último cuarto de siglo: de ser una metodología de investigación minoritaria ha pasado a ser la dominante.

El aparentemente inmenso e infinito, diverso e inabarcable bosque de miles de especies desconocidas se convierte, por efecto del análisis de repertorios –como ocurrió con la botánica y la zoología– en un repertorio estructurado y limitado, comprensible y asequible al análisis científico. Cualquier investigador que haya realizado Análisis de Contenido de manera sistemática en la comunicación de masas conoce esa capacidad del método que reduce la aparente riqueza a sus dimensiones reales

de diversidad razonable e incluso de repetición y pobreza de las programaciones audiovisuales actuales (como han denunciado Gerbner y muchos otros), ocultas por el ruido y la rapidez de la presentación. Con una trayectoria que se inicia en la Universidad Complutense en los ochenta (grupo GOMEL), en la Universidad de Salamanca esta técnica ha constituido desde sus inicios, hace diez años, una metodología central no sólo en los proyectos de la investigación empírica emprendidos, sino en la formación práctica de los alumnos, y su huella y su utilidad didáctica pueden apreciarse con claridad en este manual.

Las otras metodologías clásicas (cuestionario y experimento) están recogidas igualmente en el manual, que hace un acercamiento estrecho desde la teoría a la investigación empírica que las alimenta. Estas dos técnicas mantienen un cierto equilibrio en Estados Unidos, pero están desequilibradas en España, donde la influencia sociológica es mayor, de modo que aquí domina con claridad el cuestionario. El método experimental define en investigación, como proponía Scribner, las etapas finales: tras la exploración y recogida de casos y especímenes, la observación y los estudios correlacionales, el método experimental es el decisivo para someter a prueba las hipótesis causales y las explicaciones finales pasando desde las ideas teóricas a los hechos prácticos. Un débil desarrollo de las investigaciones experimentales implica un débil desarrollo de los procesos maduros de la investigación y una lejana o difusa conexión entre los conceptos teóricos y los diseños aplicados. Creemos que esta debilidad experimental no sólo señala el estado inicial de la investigación en muchos temas comunicativos, sino que lleva a una debilidad de la capacidad para las producciones audiovisuales de diseño experimental, que tantos frutos dan en otros países en la creación audiovisual e informativa. En España la creación suele nutrirse casi exclusivamente de creatividad pura, o de orientaciones “sin esqueleto” desde teorías macro, de modo que el creador debe rellenar por completo el espacio entre la gran teoría y la construcción concreta. El dominio por los alumnos del experimento puede ayudar a abrir camino a un estilo más experimental de creación.

Otra renovación importante metodológica que se apunta es la sustitución de la perspectiva del producto o el resultado de la comunicación y de los hechos comunicativos ya producidos, por la investigación del proceso en curso (*on-line*) y la investigación de los hechos que están produciéndose. La renovación metodológica en esta línea va desde la medición coincidental de hechos superficiales (como los audímetros) a la medición de reacciones, más o menos simples o complejas, de los receptores en laboratorio o en situaciones cuasi-ecológicas. El propio concepto de “audiencia” pasa a un segundo término ante el hecho de que la presencia coincidental de sujeto y medio que ha servido para medir dicha audiencia, se queda corto ante la complejidad y diversidad de procesos que se dan en la recepción y que *hoy ya sí* resultan accesibles a la investigación en comunicación. La entrada de la psicología de los medios en el escenario de la investigación en comunicación permitirá ir mucho más allá de las actuales limitaciones, conceptuales y prácticas, de la comunicación de masas.

Concluimos. El acelerado cambio de las culturas humanas y el no menos acelerado de las teorías (de las culturas científicas que estudian las culturas humanas), el

cambio instrumental y metodológico, plantean un desafío grande para la investigación en la comunicación, que debe ser más profunda y a la vez más flexible, más rigurosa y a la vez más sensible, más abierta y a la vez más analítica.

Pero plantea un desafío aún mayor para la docencia en comunicación: los estudiantes deben recibir conceptos claros pero no reduccionistas; una idea valiente de la evolución y el cambio pero que no aliente el estupor ante un torrente inasible; una sensibilidad ante la diversidad cultural y la complejidad de los mediadores y operadores de la representación y la comunicación pero que no genere desistimiento, impotencia o pereza ante la grandeza del mundo de la comunicación.

Por decirlo con alguna metáfora instrumental, la tarea educativa debe estar dotada de un ascensor con motor y frenos igual de potentes, que se eleve con presteza a las estructuras generales y descienda con gracia a los niveles del detalle. Debe manejar un *zoom* didáctico de mucho recorrido, que permita analizar la cultura mosaica y fragmentaria y sus características y a la vez hacer ver las estructuras ausentes, las retóricas débiles de la cultura ruidosa; que sepa pasar con soltura y encuadrar en un discurso dialéctico *news* y *views*.

Los profesores deberíamos (qué difícil nos resulta a todos el hacerlo) asumir que, igual que podemos llegar a explicar a los alumnos que en la cultura de masas la noticia concreta puede ocultar la realidad global, la información puede matar al conocimiento. Esa misma verdad se da también para nuestras aulas de comunicación y para la información científica sobre la comunicación. Ningún manual concede a este respecto inmunidad: es tan sólo una mediación (creo que éste es una buena mediación) para construir, profesores y estudiantes, el conocimiento.

Pablo del Río Pereda